

El gramático, el geómetra y las formas del deseo

*The grammarian, the geometrician
and the shapes of desire*

Daniel Ochoa

Universidad La Salle. México
Recibido: 13 de mayo de 2023
Aceptado: 22 de junio de 2023

Antecedentes del documento. Este documento procede de un interés personal del autor.

Daniel Ochoa Rodríguez. Licenciado en Arquitectura, Universidad La Salle, Ciudad de México. Maestría en Estudios Urbanos, El Colegio de México. Profesor de arquitectura y urbanismo en la Universidad La Salle, México. Sus líneas de investigación versan sobre filosofía de la cultura, historia de las ciudades y teoría de la arquitectura.

El gramático, el geómetra y las formas del deseo

The grammarian, the geometrician, and the shapes of desire

Resumen

Este documento discurre a propósito de las utopías como un recurso cultural colmado de anhelos y ambiciones, cuyo examen permite interpretar la condición humana y su mundo simbólico. El texto indaga, por un lado, las motivaciones que tienen las sociedades para idear este tipo de planteamientos y, por otro, las implicaciones de materializarlos en el mundo real. El propósito de este trabajo es reflexionar sobre el papel de las utopías en la historia de las ideas.

Palabras clave: utopía, ciudades utópicas, arquitectura utópica.

Abstract

This document discusses about utopias as a cultural resource fully loaded with desires and ambitions. Its analysis enables us to interpret the human condition and our symbolic world. On the one hand, this text examines the underlying motivations of these kinds of models; on the other hand, it explores the consequences of utopia's embodiment in the real world. The purpose of this article is to reflect on the role of utopias throughout the history of thought.

Keywords: utopia, utopian cities, utopian architecture.

*Andar sin artificios
peregrino a Compostela
daba igual la dirección
pues todo fue signo*
(Seligson, 2007, p. 36)

Primera pausa: una idea de la realidad

La historia del mundo es un continuo ir y venir de ideas, de entre las que apenas un puñado logra emanciparse y trascender al ámbito privado. Del instinto a la razón, comenzamos por crear un lenguaje para nombrar la realidad que habitamos, pero, al cabo de los siglos, terminamos por habitar la realidad que creó el lenguaje. Y no hay indulto o astucia que lo impida. Esta aparente disidencia de nuestro artificio nos hace cuestionar, como lo hizo alguna vez Adolfo Castañón (2014), si acaso el lenguaje es la partícula más elemental de vida. Ciertamente, ¿no son las palabras y, en consecuencia, los signos que de ellas emanan el principio más remoto de aquello que llamamos *realidad*?

Vivir en una ciudad —y aún más, entre una sociedad— es un acto cargado de sentido dentro de una realidad que, a menudo, se considera demasiado compleja. *Habitar, morar, residir, poblar* son palabras que retratan el acto de estar en un tiempo y espacio determinados, aunque no logran agotar el sentido más vasto de la acción. Entre el entorno material y la privacidad del pensamiento, un remanente de significado ayuda a construir nuestras vivencias, sea al recrear el necesario revés de las cosas o, incluso, cuando el mundo se ha tornado demasiado severo, al ofrecer marcos alternativos de fantasía que nos permitan tener versiones distintas de la realidad. Vuelta ahora límite, la imaginación llega a controvertir los hechos de la percepción: rotar un signo y desacatar verdades. Voltar la vista atrás es la clave para advertir que hemos andado junto al tropel del tiempo erigiendo y derrumbando, miles de veces y casi siempre sin saberlo, al mundo imaginado —o, como muchos prefieren llamarlo: a la *utopía*.

Lenguajes de la imaginación

Quizá la intención de Tomás Moro al escribir *Utopía* no era acuñar un neologismo, sino, sencillamente, jugar con las etimologías grie-

gas para plantear una paradoja con el lenguaje: una tierra que, en contrasentido, estaba en ningún sitio. Su ocurrencia se diseminó hacia otros nombres del relato: *Anidro* aludía a un río (sin agua); *Amauroto*, a una ciudad (sin muros); *Ademo*, a un gobernante (sin pueblo). Más de medio milenio después, la palabra *utopía* refiere hoy a lo inalcanzable o lo irracional —incluso, insinúa un capricho—; pero también ha logrado reunir en un mismo vocablo muchos ejercicios similares al del humanista inglés: ese acto de proponer imágenes y crear otra realidad en el espacio de la imaginación. El sabio Lewis Mumford (2021, p. 9), que consagró un libro entero a la reflexión sobre este fenómeno, dijo alguna vez que “la palabra utopía hace referencia al culmen de la locura o la esperanza humanas”. No estaba tan errado.

Según testimonia una carta de Erasmo de Rotterdam, amigo allegado de Moro, la intención de *Utopía* era denunciar los enredos de su época (Bartra, 2016). Resulta curioso que el autor de *Elogio a la locura* tuviese un objetivo similar al de su colega, posiblemente inspirado por la misma incomodidad. No es inusual señalar a las utopías como una crítica de su época; de hecho, es posible estudiarlas con el arte de la hermenéutica, pues aquello que instiga la formulación de este tipo de argumentos arroja siempre confesiones bastante francas sobre la circunstancia en que son escritas. A su manera, Erasmo y Moro parecían tener el deseo de romper en cierto modo con la realidad que los sometía y, en consecuencia, encontrar un resguardo en el imperio de las formas absurdas que el lenguaje permite: uno, conmovido por la locura; el otro, por la tierra sin lugar.

Imaginar una utopía tiene un propósito ético encausado por un ejercicio estético, un acto en que el delirio y el deseo confluyen en los goznes de la extravagancia. Y casi sobra decirlo: nada de lo que la inercia histórica legítima suele darse por sentado. De tal suerte, en la *Utopía* de Moro fue necesario surcar una fracción de tierra para producir una isla artificial a partir de lo que otrora era un istmo. Campanella imaginó a la Ciudad del Sol como un asentamiento organizado en siete círculos concéntricos, cuyos muros revelaban todos los saberes de la humanidad. Ya en las lindes

de la era moderna, que de la religión sustraía cada vez más confianza para depositarla en la ciencia, la Nueva Atlántida de Bacon alojaba un edificio donde era posible reproducir los fenómenos meteorológicos, un antecedente indirecto de los poderosos “meteoróforos” presentes en la utopía campesina de Chayanov. Berlioz despojó de su lugar privilegiado a cualquier catedral o edificio de gobierno para erigir, en la Eufonía, un órgano gigantesco que con su música dictaba rigurosamente los tiempos de la vida diaria. Como respuesta a la aberración de las ciudades industriales, las utopías de Charles Fourier o de Robert Owen pretendían alcanzar una vida armoniosa en la tierra: una función muy distinta a aquella de las utopías religiosas, como la Ciudad de Dios, Cristianópolis o Sinapia, en las que una lógica acentuadamente metahistórica hacía concebirlas únicamente como un espacio de transición. Uno a uno, se develan paisajes fascinantes que despiertan la añoranza por descubrir, al fin, esa ciudad concluyente e irrefutable, de polvo y jazmines ilusorios, que tan afanosamente parece revelarse por fragmentos mientras estudiamos el acto histórico de imaginar la ciudad. Pero ¿en realidad hay una última utopía?

En sus posibilidades infinitas, la utopía parece enseñarnos que la imaginación y la realidad están más cerca de lo que creemos: son dominios que se persiguen mutuamente en un juego de significados y reflejos no siempre simétricos. Este intercambio está motivado por la sospecha de que, al lado contrario, yace en abundancia aquello que tan obstinadamente parece vedado en el costado desde el que se observa. Uno desconoce el cambio y el placer mundano, pero apacigua las mentes con el abasto de significado; el otro renuncia a la quietud y al sentido pleno, pero alivia los cuerpos con la saciedad de sus apetitos. Por esa razón, parece pertinente simplificar las clasificaciones cotidianas y reconocer en las ciudades únicamente dos clases: las imaginarias y las reales. El desapego a las leyes físicas es la prerrogativa de las primeras, pues en sus ciudades reales, sean de mármol o mampostería, el humano persigue al agua y a todos sus menesteres; pero en las imaginarias no tiene otro fin que perseguir convicciones e ideas. Ya liberada del mundo material, si de

fondo hay una búsqueda definida, lo mismo da cimentar una ciudad entera en un alfiler o plantear un asentamiento cuyas auroras broten del poniente. El instinto discurre por un lado y el deseo por otro.

Si la intención es encontrar el verdadero sentido de las utopías, hay que comenzar por admitir que buena parte de nuestra experiencia en el espacio es un acto de la imaginación. Desde luego, el hecho de vivir tiene sus complicaciones. T. S. Eliot decía que la humanidad no puede tolerar demasiada realidad. Apunte notable: la existencia a menudo nos rebasa y buscamos compactarla dentro de formas simples, sea que encerremos una ciudad entera en una palabra o que construyamos imágenes para evocar lo desconocido a partir de lo manifiesto. Como aquellos lugares que conoció un comerciante a lo largo de la ruta de la seda o aquellas ciudades que recuerda un mensajero imperial: todas tienen un gran componente de fantasía y sus viajes no terminan sino hasta muchos años después, incluso sólo con la muerte, porque la imaginación no cesa de recrearse. Resta decir que los paisajes fundados por la imaginación no son, de la realidad, una tímida imitación, sino licencia para elucubrar y, en su caso, crear más realidad.

Palacios eternos: deseo, fantasía, placer

Al reflexionar sobre la *Ciudad del Sol*, Julio Hubard (2017, p. 19) sugiere que la utopía es “la imaginación de lo posible”. Acaso convendría complementar: “...alimentada por el deseo de lo inalcanzable”. En su calidad de directrices, las ilusiones irrealizables no son menos virtuosas que cualquier sistema de creencias —religioso o secular, histórico o metahistórico— por muy racional que se ostente, pues le permiten al humano andar, siempre a tientas, por un mundo demasiado complejo, atestado de significados de difícil interpretación. Poco importa si toma la forma de una búsqueda nunca consumada o de un auge siempre aplazado, el deseo no reconoce su encierro en el presente y encuentra un punto de fuga en el vehículo de la utopía.

Pero, cabe preguntarse: ¿por qué funcionan tan bien las utopías frente al deseo? Posiblemente, por la relación que establecen

con el tiempo: la utopía es su negación y, aún más, su contradicción. El vacío geográfico, característico de los proyectos utópicos, implica no tener espacio, pero tampoco tiempo, dada la indisoluble mancuerna entre ambos. Y, en efecto, sin duración no hay cambio ni mutación. Como cualquier ciudad imaginaria, la utopía está fuera del tiempo, condición que la transforma en un referente estático, siempre vigente para quien esté dispuesto a recrearla. En esencia, son estructuras de pensamiento inmóviles. La Jerusalén bíblica, que persiguen con igual empeño varios pueblos alrededor del mundo, está tan presente como cualquiera de sus ciudades terrenales. Lo mismo sucede con la Shambhala hinduista, la Aztlán prehispánica y demás sitios enarbolados desde las escrituras sagradas. Al edificar el mundo físico parece delinearse aquella arquitectura de la ensoñación, hecha de gramática remota y geometrías imaginarias, que nunca toma cuerpo cabal, pero que deja abierta la oportunidad para interpretarla e intentar materializarla. Históricamente, el deseo se ha movido por las sendas de lo inalcanzable: se prefiere inaccesible antes que inexistente.

Hay una sentencia contundente que debe tenerse en cuenta siempre que se tratan tópicos sobre el mundo de las ilusiones y los delirios en la cultura: las fantasías existen para no cumplirse. Pero su carácter supone una maquinación mucho más elaborada que una simple frustración por no alcanzarlas; al contrario, suscitan una experiencia, conmueven a la reflexión y —tal vez lo más importante— garantizan un lugar seguro para resguardar al placer que prometen, escondite tan audaz que incluso ellas mismas extravían las indicaciones que dirigen hacia el lugar donde se encuentra. La historia de los mitos ofrece varios ejemplos para entender esta peculiaridad del pensamiento, como la ciudad de El Dorado que nunca encontró Pedro de Ursúa, el tesoro que Moctezuma escondió a los conquistadores españoles o el Arca de la Alianza que Menelik trasladó desde Israel hasta Etiopía. No hay deseo más fuerte que aquél que nunca se materializó, pero que halló en su fantasía la forma del objeto ansiado. Con razón, diría una de las poetas más queridas del mundo hispano (De la Cruz, 1985, p. 143):

que aunque dejas burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía

Detrás de toda utopía hay una promesa de placer que no logra concretarse, pero que, a su paso, deja un rastro de satisfacciones breves: esos destellos que embriagan a las personas cuando se consideran en proceso de edificarla o en camino rumbo a su consumación. Por eso es tan importante, aun en el plano de la imaginación, mantener al placer aislado de toda contaminación mientras se encuentran los medios para llegar a él. Esa razón hace que funcione tan bien el recurso narrativo de una isla para emplazar a las sociedades utópicas, como las Atlántidas (la platónica y la baconiana), la Icaria de Cabet, la Spensonia de Spence o la misma Utopía de Moro. Se trata de un atributo que decidió heredar el Estado nación actual, ese esquema del pensamiento moderno cuyas fronteras reflejan el anhelo por dar forma a un proyecto futuro que nunca llega —a veces, demasiado alentador; otras veces, curiosamente crédulo—: geografía de artificio maquinada por una ambición sin cumplirse.

Un deseo que no tiene territorio es, en fin, una fantasía que queda exenta de obstáculos entre un ser delirante y un horizonte infinito. Bajo la promesa de convertirse en una sola, la utopía y la realidad son dos líneas paralelas que se fugan al horizonte. El anhelo asevera que, en un punto no muy lejano —cuando menos, alcanzable—, habrán de cruzarse finalmente: que allá se encontrará la vida virtuosa, que se habrá terminado cualquier impureza, que ya no harán falta más utopías. Pero es inútil, pues al alcanzar ese punto histórico, la fuga vuelve a extenderse. ¿Nos dimos cuenta? Corrimos en un mundo esférico entre dos líneas y, al andar, nos reinventamos una y otra vez. De hecho, los símbolos e imágenes que hoy integran nuestra cultura no son otra cosa que las huellas que dejó una persecución inagotable del deseo. Con aciertos y falencias, prodigios y desengaños, la vida es lo que floreció entretanto.

Una cara siniestra del deseo

En su tránsito por México y la América Central, Aldous Huxley se reunió con Alfonso Reyes para conversar, entre otras cosas, de su novela más famosa, *Mundo feliz*. Según la confesión de aquél, que éste revela con cierta indiscreción, un miedo inusitado lo conmovía cada vez que volvía a asomarse a su libro, escrito casi tres décadas antes, por encontrarse con vaticinios bastante exactos (Reyes, 1989). No perdieron ocasión para hablar de 1984, la novela de George Orwell, que el británico comparó con la suya y que tildó de igualmente patética, no por algún atributo literario, sino por mostrar cómo los despotismos que ambos ilustraron en la fantasía habían comenzado a manifestarse en la realidad. Al parecer, tanto en el plano literario cuanto en el terrenal, la persecución del deseo se había llevado demasiado lejos.

La historia revela un repertorio amplio de proyectos utópicos que se han intentado llevar a la realidad. Los resultados varían por su severidad. En el lado menos innoble de esta gradación encontramos algunos intentos —a veces ingenuos, pero regularmente bienintencionados en un inicio—, como el de Ebenezer Howard en la Ciudad Jardín, los pueblos-hospital de Vasco de Quiroga en la Nueva España o, incluso, el Santo Experimento de William Penn. Por el contrario, en el costado más inicuo recordamos a la Camboya de Pol Pot, quien, probablemente con el ánimo de consumir la utopía campesina de Chayanov (Bartra, 2018), mandó destruir bibliotecas, fábricas, automóviles y, en fin, todo aquello que rememorase cualquier avance tecnológico del siglo que corría; además de dictar un éxodo forzoso de la ciudad hacia el campo para recuperar el pasado rural del país (Sadurní, 2023). Por azar o albedrío, la manera de traducir la fantasía al mundo material conduce a desenlaces muy dispares. Los calcos sin reflexión son los más arriesgados. En esta peregrinación cultural, perpetuamente replicada a lo largo del tiempo, se ha considerado que el arranque es la realidad y el desenlace es la utopía. Por eso siempre ha sido tan importante procurarse los medios para allanar el camino entre ellas, cuando menos teóricamente. Pero las evidencias históricas, muchas veces inquietantes, parecen dictar todo

lo contrario: el desenlace está por fuerza resuelto cuando la utopía se tiene construida desde el inicio, de modo que los medios, ahora ociosos, son los que comienzan a dictar la realidad. Quizás ese sea uno de los desatinos más recurrentes.

Todo proyecto utópico llevado a la realidad produce reflejos inminentemente asimétricos de sus preceptos. Cabe precisar, empero, que la utopía no puede volverse real en sentido estricto; en cuanto lo hace, su carácter se disuelve por definición, pues se trata originalmente de una construcción inmaterializable en el mundo físico: una tierra sin otro lugar más que el de la imaginación. Jaime Labastida (2018, p. 109) declara que, al concretarse en la realidad, las utopías no sólo controvierten su nombre, sino que “se convierten en lo contrario de sí mismas; es decir, en sociedades rígidas, inmóviles, amenazantes”. Posiblemente el verdadero peligro de intentar materializar una utopía se encuentra en contagiarse de su rigidez, elemento tan característico de estas estructuras de pensamiento: son imágenes estáticas que no tienen mutaciones ni devenir, pero tampoco un pasado que nos haga aprender de todos los obstáculos que debieron sortear para llevarlas a efecto. En suma, están privadas de toda noción de cambio. De este modo, la idea de estabilidad, rápidamente convertida en manía y en la que termina por asomarse cierta obsesión por alcanzar la perfección, instiga la abolición contundente de las impurezas o de los riesgos que vulneran al proyecto utópico. No hace falta ejemplificar los resultados abominables de esta aspiración en su lado más siniestro. Hay muchos.

A nadie le es vedado imaginar la ciudad, ese sueño indomeñable que causa vigiliadas agudas y de la que, sin embargo, nuestra capacidad sólo alcanza a vislumbrar una fracción minúscula. Pero la utopía de uno no es utopía de todos. En realidad, todo el mundo tiene una fantasía de este tipo en mente a la que intenta dar forma en la vida real o a la que escapa cuando su entorno se vuelve desapacible. Si bien hay ocasiones en que una comunión importante de empeños llega a consumir grandes cambios, cotidianamente la ciudad real es la conjugación y el traslape de miles de diminutas voluntades, aquellas

maniobras que toda persona realiza guiada por su utopía personal y que, al aglomerarse, dan resultados inusitados, si no es que antes se cancelan mutuamente. La ciudad que imagina el arquitecto es muy distinta a la del dictador: el primero quiere llenar los vacíos del sentido histórico con cúpulas y frisos; el segundo pretende llenar esos mismos vacíos, sólo que con estatuas de sí. Habría que preguntar, en ambos casos, qué entienden por placer, para elucidar las formas que asume su deseo. En cualquier caso, yace una intención, velada o no, por materializar la voluntad en el espacio —mejor dicho, por espacializar la voluntad.

Muchas veces ha parecido que las utopías desempeñan la función de dar forma a nuestros fracasos, sobre todo si consideramos de antemano que los mundos construidos serán, con seguridad, muy distintos a los imaginados. Aunque, para valorar con sensatez, ¿qué tendría que suceder, más allá de evitar cualquier injusticia franca y obvia, para afirmar que se ha llevado con éxito a la realidad uno de estos proyectos? Acaso el verdadero desacierto no sea querer materializar la utopía —sería un juicio muy drástico para la humanidad—, sino suponer que el desenlace de la historia se sabe anticipadamente. Como diría Octavio Paz (1990) en su discurso al recibir el Premio Nobel, “el determinismo histórico ha sido una costosa y sangrienta fantasía”. Por desgracia, los mismos desaciertos se han cometido una y otra vez.

El gramático, el geómetra y las formas del deseo

Parte I

En la calle de Utopía, a un costado de Tyranel, se encuentra la Oficina de Correos no. 1516. Como todos los edificios de la época, está colmado de arquivoltas y estatuas griegas, aunque tiene un perfil diluido con otros estilos de inspiración humanista y renacentista. Todo su peso está soportado por sólo dos columnas delgadísimas, una de alabastro y otra de marfil, de las que se desplantan los arcos que dan forma a su estructura. Cada tres años se le construye un piso nuevo, no para albergar más cartas, sino para llevar un conteo del tiempo, razón suficiente para justificar su altura, que —hay que decirlo—

ya parece innecesaria y hasta demencial. La Oficina tiene dos entradas, una para las cartas que provienen de los países imaginarios y otra para las de los países reales. La división continúa al interior: el edificio cuenta con dos galerías, separadas por un vacío inmenso, consagradas cada una a albergar un tipo de carta según su remitente. Consta por los reportes que se han tendido puentes entre una y otra, pero terminan por derrumbarse al cabo de unos años. Se ha intentado dar solución a este problema no sólo por gente versada en construcción, sino en filosofía, política, matemáticas y, en fin, prácticamente cualquier rama del conocimiento. Hasta el momento, nadie ha hallado una respuesta terminante. Tal vez jamás se hallará.

Por la riqueza de sus documentos, elijo la entrada de los países imaginarios. Está lleno de gente que trabaja para ordenar las cartas: son los utopistas. Esa casta de mancebos, comúnmente aprendices de geómetra o gramático, tienen una fijación con el infinito y, según se dice, gozan de una habilidad prodigiosa para plantear ciudades imaginarias en cualquier sitio. Me encuentro con uno de ellos y lo confirmo: en las volutas de humo que desprende mi cigarro, es capaz de encontrar la traza de una ciudad espiral, con sus callejas de efluvios, sus plazas traslúcidas y su castillo incandescente. Lo mismo sucede cuando aviento la colilla al suelo, cuya trayectoria él interpreta como una curva perfecta e imagina la posibilidad de tener una ciudad de un solo eje, hemicíclica, con arquitectura simétrica en cada costado y un palacio imperial en cada uno de sus dos frentes subordinados a sendos emperadores. Los utopistas tienen la pericia, asimismo, de leer la mano de quien esté dispuesto a conocer su suerte. Pero no interpretan los pliegues de la palma a la usanza vetusta del adivino, sino que trazan una ciudad a partir de ellos y, entonces sí, determinan el futuro de la tierra que la alberga. Según me confiesa otro de estos jóvenes, casi le ha llevado a la locura ver un vidrio roto, pues desde entonces no ha dejado de imaginar todas las prerrogativas de una traza de ese tipo, los posibles conflictos, la sociedad que allí reside y las historias de cada habitante. Reflexiono y encuentro sentido en su desvarío: una utopía es un proyecto condenado

al infinito. Advierto su intención por comenzar a describirme ese espacio y, a propósito, finjo el ademán de ver mi reloj para hacerle creer que llevo prisa. —No se preocupe por el tiempo —me dice el utopista—, estamos en el mundo imaginario.

Parte II

Utopía. Sueño del geómetra. Tierra fundada por el deseo. Ciudad imaginada en lengua persa o escrita en sereno sánscrito. Espacio que reverdece y que se encumbra cada día en su propio sentido: zona embebida en sí. Patria de Narciso. Sitio crucificado en su nombre, cercado por una acepción unívoca. Urbe perpleja, sin tránsitos. Ciudad que no deja de evocar ciudad: a la blanca Jaipur o al rojo Marrakech. Heredera de Shambhala, pero también de Tilantlán y de todas las ciudades que nunca existirán. Región sin territorio. Lugar imposible: república de faquires o asentamiento de nómadas. Tierra de un solo día ¿o, mejor aún, tierra de siglos? Travesía áurea, tesoro olvidado del mexica, cofre del Éxodo. Paisaje de lo posible: el hallazgo del zahorí cuando buscaba agua o del mevlevi que en sus giros buscaba a Dios. Paraje revelado al alquimista, al místico o al profeta, pero también al político o al científico: Moro no nos engañó, tampoco Platón.

Utopía. Sueño del gramático. Deseo enclavado en el lenguaje. La embriaguez de un letargo asémico de garabatos apenas interrumpido por la vigilia de la escritura. Canto sin voz. Caligrafía sagrada revelada al primitivo. Letra que aprendió a labrar una mano destrozada por la agricultura. Plegaria sin dios. Toda una lengua se creó para pronunciar una sola palabra por una única ocasión: cuánto mejor si fue durante un plenilunio, cuánto mejor —aún— si fue durante una luna roja. ¿Quién describe al Quinto Sol? ¿Quién escribe el Ramayana, el Manifiesto Comunista? Dicen que las palabras no pesan, pero su sentido sí, y quizás más que mil palacios. Verbo del estío. Verso hasta el hastío. Ciudad que habita todas las lenguas: ciudad comentada por todas las lenguas. Palabra que nos arrancó

Babel: ideograma olvidado, pero también aquél que tiene todos los significados. Unos lo llaman Jerusalén; otros, Aztlán; y algunos más, Utopía. Esa ciudad que está en la mente de todos, ¿en dónde estará finalmente si no es en *ningún sitio*? No hay un nombre más preciso.

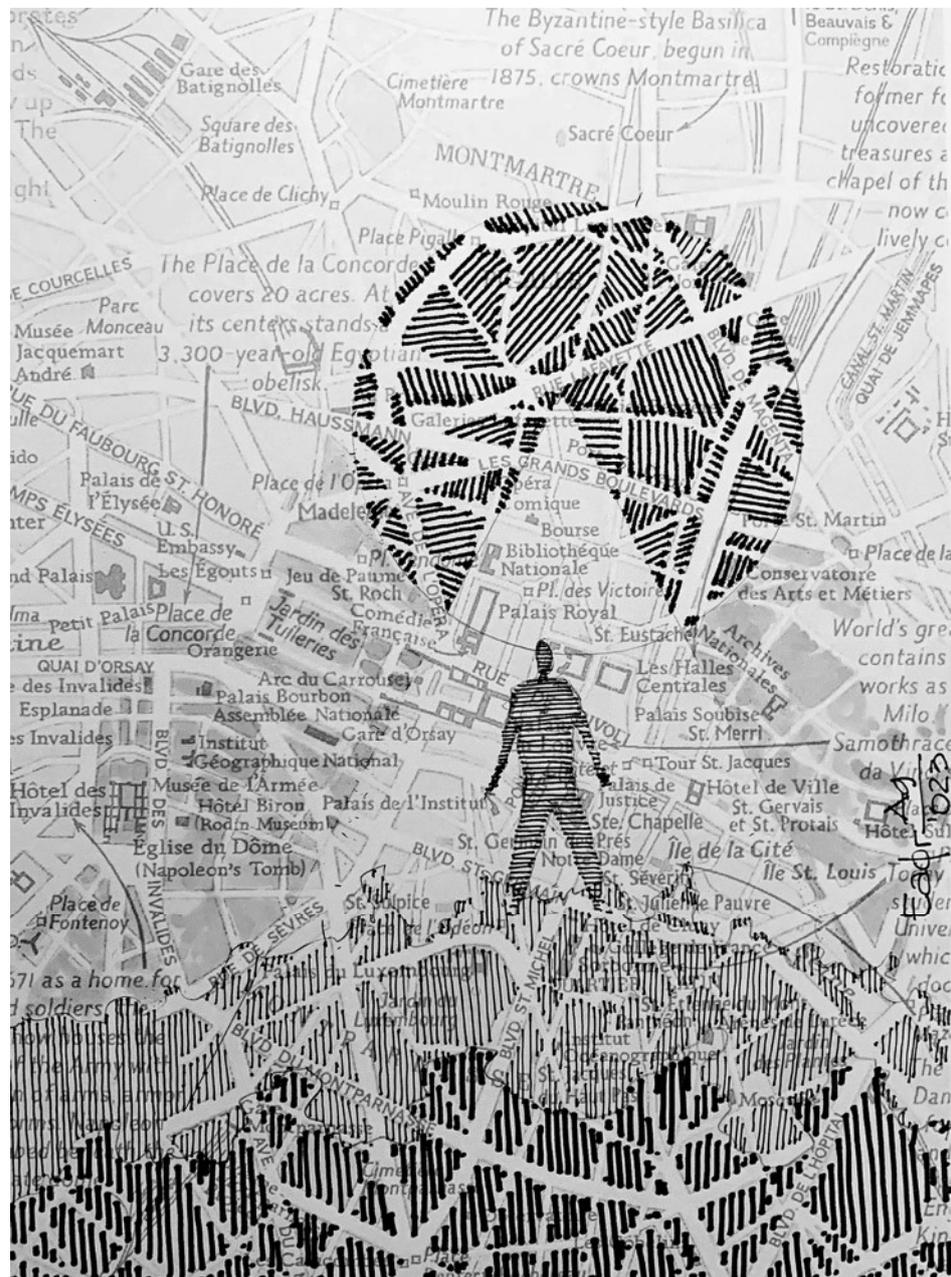
Última pausa: utopía

La geometría y la gramática son intentos por simplificar lo inconmensurable. Ambas ayudan a trazar la utopía, que se ostenta como un proyecto forzosamente inacabado, y que, al tratar de definirla, terminamos por condenar nuestra búsqueda a la eternidad. ¿Hay otra posibilidad? En conjunto, todas las utopías parecen ser una sola utopía; es decir, el deseo de la humanidad que habla por medio de símbolos e imágenes. Tendremos que aprender a escucharlas con ese juicio, pues siempre nos informan algo sobre nuestro presente. Sólo así aprenderemos a andar por estas obras del lenguaje sin caer en el sopor siniestro de la fantasía o en el arrebatado de un deseo que nos seduce para asfixiarnos momentos después. Esas descripciones inconclusas, al cabo, no deben tomarse con demasiado dogmatismo como para impedir que un yo imaginario se inmiscuya en sus calles y haga suya la experiencia que ha esbozado a grandes rasgos la persona que la proyectó; y que hinche las presencias si le ha parecido suficientemente bella la imagen que se evoca, o que rellene las ausencias cuando le parezcan intolerables los límites del relato.

Habrá que entender, finalmente, que la utopía es una ciudad hecha con el polvo del pensamiento. Velado el deseo y resguardado el placer, despliega sus palacios por un lapso, antes de cambiar su aspecto por completo. Siempre convulso, el tiempo toma forma de viento y la arrastra —a veces lejos—, pero vuelve a construir, con el mismo polvo, aunque con diferente nombre, otra ciudad. Y lo que allá fue balaústre de un anhelo es acá cúpula de una ensoñación. Porque la utopía no hace sino tomar las formas del deseo: una patria, un paraíso, una revolución. ■

Referencias bibliográficas

- Bartra, R. (2016). Prólogo. *Utopía*, reflexión de cinco siglos. En Bartra, R. & Villadelángel, G. (Eds.), *Utopía* (pp. 11-17). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, CIDE, La Jaula Abierta.
- Bartra, R. (2018). Prólogo. La sociedad rural contra el poder urbano. En Bartra, R. & Villadelángel, G. (Eds.), *Viaje de mi hermano Alexei al país de la utopía campesina* (pp. 11-21). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, CIDE, La Jaula Abierta.
- Castañón, A. (2014). El mono gramático: Cima y testamento. *Letras libres* (183), 42-45.
- De la Cruz, J.I. (1985). *Obras completas*. México: Porrúa.
- Hubard, J. (2017). Prólogo. Campanella, la imaginación de lo posible. En Bartra, R. & Villadelángel, G. (Eds.), *La imaginaria Ciudad del Sol. Idea de una república filosófica* (pp. 13-22). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, CIDE, La Jaula Abierta.
- Labastida, J. (2018). Epílogo. La utopía campesina de Chayanov. En Bartra, R. & Villadelángel, G. (Eds.), *Viaje de mi hermano Alexei al país de la utopía campesina* (pp. 105-110). Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, CIDE, La Jaula Abierta.
- Mumford, L. (2021). *Historia de las utopías*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Paz, O. (1990). *La búsqueda del presente*. Estocolmo: The Nobel Prize. Recuperado de <https://www.nobelprize.org/prizes/literature/1990/paz/25350-octavio-paz-nobel-lecture-1990/>
- Reyes, A. (1989). *Obras completas de Alfonso Reyes. XXII. Marginalia, segunda serie*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sadurní, J. (2023). *Pol Pot, el genocida camboyano*. Recuperado del sitio web de National Geographic: https://historia.nationalgeographic.com.es/a/pol-pot-genocida-camboya_15218
- Seligson, E. (2017). A los pies de un Buda sonriente. *Revista de la Universidad de México*, (38), 35-39.



Dibujo de Enrique Adalid Teja, 2023.
En la página siguiente: dibujo de Daniela Valencia Orta, 2023

